

San José Obrero

(Homilía pronunciada por el padre Isidro Hoyos en la celebración del 1° de mayo, auspiciada por el Movimiento de Trabajadores Cristianos, en la parroquia de El Salvador el Mundo, en Mariano).

Primero: me propongo compartir con ustedes una sencilla reflexión, a la luz del texto del Evangelio que se acaba de proclamar en esta eucaristía que estamos celebrando con motivo de la fiesta de San José Obrero, fiesta del trabajo, Día Internacional de los Trabajadores.

Según el relato evangélico, *Jesús se puso a enseñar en la sinagoga de su pueblo y la gente escuchaba con admiración, pero reaccionaron con incredulidad y escándalo, porque, según ellos, no era más que 'el hijo del carpintero'; según Jesús, porque les faltaba fe.*

Desde que apareció Jesús de Nazaret en la historia, este fenómeno se viene repitiendo; siempre ha habido personas para las que Jesús se ha constituido en el eje de su vida y ha inspirado todo un sistema de valores.

Sin embargo, la realidad no es tan sencilla, y son muchas e importantes las interrogantes a este respecto:

Por un lado, yo sé la honda certeza que para mí constituye que Jesús es el eje del mundo y de la historia; sin embargo, veo lo poco que mi vida parece dar a conocer eso y que está llena de contradicciones con esa “certeza”.

Muchas veces constatas la fascinación que la persona de Jesús ejerce sobre cuantos lo conocen de alguna forma, pero también ves lo difícil que es que Jesús arraigue en sus vidas de una forma definitiva. El eje de casi todos parece ser el dinero, la frivolidad, la indiferencia, el arrastrar la vida, es decir “la lucha por las cosas de cada día...”

Tengo la convicción de que el proyecto de Jesús es vida, puede ser vida para el mundo, y veo que para la inmensa mayoría es, sí, una utopía, pero poco viable en términos económicos y políticos, que en definitiva son los que marcan la vida de las personas.

Segundo: ante estas situaciones, a veces uno se siente angustiado con pensamientos de este tipo: ¿es Jesús algo real? Porque si lo fuera, ¿cómo es posible que no se vea más en mi vida, a mi alrededor, en la fuerza de convicción para muchos, en su importancia en la vida concreta y social?

¿Puedo yo proponerlo como algo creíble a cualquiera de los hombres y mujeres con los que me encuentro cuando van y vienen del trabajo, o en la espera del transporte o en el agro; a los niños, jóvenes o ancianos con los que a cualquier hora te cruzas por la calle? Y me crece por dentro la duda, o el convencimiento de la imposibilidad.

El domingo pasado, en su primera carta, san Pedro decía: “estén siempre dispuestos para dar razón de su esperanza”. Para ello, necesito buscar respuesta a esas preguntas, necesito rastrear caminos de acceso a Jesús de la gente que me rodea, sobre todo de los pobres y de los más humildes.

¿Cómo lo hace Jesús en la práctica? Jesús se sitúa entre los pobres y, desde ellos y con ellos, propone la fraternidad de los hijos de Dios. Una fraternidad realista, apoyada en las condiciones concretas de la vida de la gente (alimento, vivienda, salud, entorno, cultura...), que dependen en gran parte de las estructuras económicas, sociales, políticas y religiosas, y que se basa en la renuncia a la ambición del dinero, del poder, de la violencia.

Una fraternidad que se fundamente en el servicio y, en definitiva, en el amor; que da vida a los otros y da la vida por los otros.

Una fraternidad cuyo eje es el Padre Dios, conocido y amado entre hermanos verdaderos.

Tercero: este es el designio de Dios, su proyecto, lo que Jesús llamaba Reino, que, en la mente de Jesús, era el mundo nuevo de Dios; un modo de vivir y organizar la sociedad que fuera acorde con el sueño, con el plan del Padre: un amor de hermanos donde haya vida para todos, bajo el reinado amoroso del Padre Dios.

Se podrá o no compartir esta vivencia, pero nunca se podrá decir que no es una apuesta razonable, ni coherente con una vida digna del ser humano, ni interesante para el mundo y, sobre todo, para los pobres.

Esto exige estar con nuestra gente humilde y compartir su vida. Esto reclama mucha paciencia en la siembra y mucho estar atentos a descubrir cuánta profundidad y experiencia de Dios en esas vidas y que yo no percibía.

Esto hará que vivamos profundamente esperanzados; mantendrá viva nuestra conciencia de enviados a anunciar la buena noticia del Evangelio y cada día comprobaremos que el Evangelio, vivido y anunciado, es respuesta para el mundo obrero, sobre todo para los más empobrecidos.

Δ